

Freire enseñó a la gente a leer y escribir *discutiendo sus propios problemas.*

- "Una pedagogía de la Liberación" (1987)
- "Liberacy" (1987)

# 'CONCIENTIZACIÓN', SU PALABRA CLAVE

por CARLOS FAZIO

Hijo de un sargento de ejército, para más datos espiritista y con buen dominio del francés, y de una bordadora mansa y pernambucana, Paulo Regius Neves Freire nació en el barrio Casa Amarela de Recife, en el No. 724 de la Calle del Encanamento.

Era septiembre de 1921, y la cultura patriarcal y machista del Nordeste brasileño impregnaba aquel hogar. Paulo creció en un clima de disciplina.

Sus padres le enseñaron a leer a la sombra de un árbol de mango que coronaba el huerto. Sus lápices eran astillas de ramas y su cuaderno el suelo. La crisis del 29 reveló aún más la faz de una sociedad en decadencia.

Hambre y miseria, latifundio y campesino esclavizado, servidumbre, robo, saqueo fue el entorno natural de su juventud. Pero el hambre en su propia barriga, que lo distraía en el salón de escuela, le enseñaría para siempre la relación entre clase social y conocimiento.

La familia se había mudado a Jaboatão. Cuando a los 13 años perdió a su padre, Paulo era un estudiante de figura angulosa y fea, según su propia percepción, con miedo al ridículo por ser algo mayor que sus compañeros. Uno de sus hermanos comenzó a trabajar y Paulo pudo comer más. Con la comida asimilaba más lo que leía y en los campos de fútbol, con los hijos de campesinos y obreros, aprendió a pensar y a expresarse en el lenguaje popular. Fue así que descubrió su pasión por la enseñanza, que no lo abandonaría jamás.

Militante de la Acción Católica, en un Brasil signado por el populismo y el nacionalismo de la época, la religión marcaría su práctica y sus ideas pedagógicas. Fue el suyo un cristianismo progresista, ligado a la Iglesia profética, de los oprimidos. Opuesto al de la Iglesia opresora. A esa Iglesia de los pobres, simbolizada a comienzos de los años 60 por Helder Câmara, Freire heredó una palabra clave: Concientización. No estaba solo en la tarea. Eran tiempos de grandes movilizaciones sociales y sindicales, bajo la bandera de la reforma agraria enarbolada por la Liga Campesina de Francisco Julião. El Nordeste se incendió con el avance de los trabajadores rurales sin tierra, que reclamaban al poder central la expropiación de los latifundios improductivos. A través de las luchas de Julião, la consigna zapatista "Tierra para quien la trabaja" cruzaría al pequeño Uruguay, y entre los zafreiros de la caña de azúcar, Raúl Sendic y un

puñado de jóvenes creaban los Tupamaros.

Fue en ese contexto que Freire entendió que no se trataba sólo de enseñar a leer y escribir. Había que ayudar a abrir los ojos, dar conciencia, que la gente se sirviera de su inteligencia y su libertad. La clave de su filosofía incipiente era ayudar al hombre a ser hombre. Y entonces fue cuando descubrió que su labor era subversiva para el patrón y el latifundista. La concientización de las masas ponía en peligro los intereses de los poderosos, y Paulo Freire comenzó a ser llamado de "comunista".

Darcy Ribeiro, ministro de Educación en el Gobierno de Goulart, lo llamó a colaborar con Celso Furtado en 1963. Era un proyecto de educación para el Nordeste financiado por la USAID (Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos), en el marco de la Alianza para el Progreso del Presidente John F. Kennedy. Ese año, en la localidad de Angicos, Freire perfeccionó su método: En un mes, 300 campesinos alfabetizados sabían leer y escribir. Goulart lo invitó a coordinar el Plan Nacional de Alfabetización, pero Washington retiró su apoyo porque el modelo era demasiado progresista y entraba en contradicción con las intenciones colonialistas de la Alpro. El golpe de Estado militar de 1964 puso fin a la experiencia.

En junio 16, dos policías llegaron por él y lo trasladaron al Regimiento de Infantería No. 14. Motivo de la detención: Su método de alfabetización era "subversivo". En los interrogatorios supo que era un "peligro" para la sociedad. Fue considerado "traidor a Cristo y al pueblo brasileño". Su método, le dijo un juez, era semejante al de Stalin, Hitler, Perón y Mussolini. "¿Acaso puede negar que con su pretendido método lo que quiere es volver bolchevique al país?", cuestionó el magistrado.

Fueron 70 días de experiencia traumática que le ayudaron a comprender mejor la relación entre educación y política. En sus días de prisión confirmó su tesis de que el cambio social tendría que partir de las masas organizadas y no de individuos aislados. La solidaridad de Eiza, su mujer, que llegaba al presidio con ollas con comida para todos los compañeros presos, le daba fuerzas.

Luego vino un fugaz exilio en Bolivia, donde otro golpe de estado derribó a Paz Estenssoro, y después Chile, en los días en que Eduardo Frei (padre) asumía el poder. Allí trabajó en la reforma agraria con Jacques Chonchol, luego Ministro de Agricultura de Allen-

de. Su principal trabajo fue la formación de adultos campesinos. La modernización capitalista seguía produciendo campesinos explotados. Propuso entonces una reforma educativa que llevara a una transformación de las relaciones laborales a través de la toma de conciencia de los trabajadores rurales.

Pronto comprendió que el golpe en Brasil no había sido otro coronelazo; había un proyecto articulado a escala continental, dirigido por el Pentágono. Se cumpliría la máxima de Kissinger: "Adonde vaya Brasil irá América Latina". Fue la larga noche de los militares.

Para entonces, su primer libro *La educación como práctica de libertad* había provocado un cambio de piel en todos los educadores del subcontinente.

Luego vendría *Pedagogía del oprimido*, donde Freire evidencia los mecanismos opresivos de la educación capitalista y abre la discusión sobre la relación dialéctica entre la conciencia dominada y la dominadora. Lo dedicó a los hombres "radicales", no sectarios. La sectarización, decía, es propia de los reaccionarios, mientras que la radicalización es propia del revolucionario.

En sus días de Harvard acuñaría *Acción cultural para la libertad*, en contraposición de la invasión cultural imperialista. Después seguiría su exilio ginebrino y su experiencia africana volcada en sus *Cartas a Guinea-Bissau*.

"Fue un hombre de ideas y compromisos. Ni mito ni totem. Una persona esencialmente ética", dijo a REFORMA el educador, político y diputado mexicano Carlos Núñez, presidente del Consejo de Educación de Adultos de América Latina (CEAAL). "Coherente hasta el final. En la hora del rampante neoliberalismo y del derrumbe de los paradigmas; en tiempos de confusiones, derrotas y claudicaciones, Freire siguió peleando contra la idea mentirosa de que el mercado es el nuevo dios".

Todavía en su obra *Pedagogía de la Esperanza* (1992) defendió contra viento y marea que "la lucha de clases no es el motor de la historia, pero ciertamente es uno de ellos". Lo que no es contradictorio con que haya hecho de la tolerancia una virtud revolucionaria. Según Núñez, el acto de educar y educarse, sigue siendo un acto político... y no sólo pedagógico. "El mismo, alguna vez, se definió como sustantivamente político, y sólo adjetivamente pedagogo. Su mayor hazaña fue encontrar al hombre".

*El autor es periodista y analista político.*